

la capilla del Santísimo Sacramento, postrado ante la tumba de los Santos Apóstoles, permaneció una hora en oración, pidiendo á Dios le hiciese comprender los designios de aquella voz misteriosa que le había llamado á la Ciudad Eterna. No creyó Dios á propósito iluminar inmediatamente su espíritu, y lo dejó cinco años santificándose con la práctica de las buenas obras en medio de las incertidumbres y obscuridades de su vocación.

Durante aquellos cinco años, fué la vida de José la de un santo Sacerdote con intervención en las innumerables obras de caridad de la Ciudad. Era entonces Roma horno activo de santidad: al lado de aquellos hombres ilustres que ha puesto la Iglesia en el catálogo de los Santos había gran muchedumbre de hombres notables, entregados á todas las prácticas de caridad, atendiendo con solicitud á las almas y á los cuerpos de los desgraciados, de los pobres, de los abandonados, instruyendo á los ignorantes en la doctrina cristiana, y curando las enfermedades físicas y morales. No tardó José en igualarlos y en aventajarlos á todos en el celo por la salud de las almas, en su prodigiosa mortificación, conservando siempre, y aun aumentando sus antiguas prácticas de piedad. Después de haber satisfecho su devoción en San Pedro, comenzó la visita de las siete Basílicas, bastante separadas unas de otras. Por penosas que fueran aquellas largas correrías, experimentaba en ellas gran consuelo, y resolvió repetir las todos los días hasta que le hiciera conocer el Señor sus designios. Acostumbrado desde joven á hallar tiempo para todo, dedicóse á visitar, consolar y servir á los enfermos en los hospitales, y á los encarcelados en las prisiones. Pero pronto permitió el Señor que un incidente viniera á interrumpirle en aquellas santas ocupaciones.

El obispo de Urgel, que no se había atrevido á oponerse á la partida de José, estaba inconsolable con la separación. Tenía un agente en Roma, don Baltasar Compte, canónigo de Tarragona. Anunció á aquél la marcha de Calasanz, haciendo grandes elogios de sus méritos, de su virtud, de su ciencia, y de los eminentes servicios que le había prestado. Pedía el obispo que lo recibiera como á él mismo, que le colmase de atenciones, y que si, después de satisfecha su devoción, hubiera de volver á España, tomase todas las medidas para que no quedase privada su diócesis de un sujeto de tan relevantes prendas. El Sr. Compte era amigo íntimo y comensal del célebre cardenal Marco Antonio Colonna, (1) cuyo nombre se halla unido á todos los grandes acontecimientos de aquella época.

(1) La familia Colonna, de las más ilustres de Italia, y de las más fecundas en grandes hombres, tiene la primera de sus glorias en Juan Colonna, creado cardenal por Honorio III en 1216. Legado del ejército cristiano, contribuyó á la toma de Damietta por San Luis, rey de Francia. Después de las derrotas de los Cruzados, lo condenaron los sarracenos á ser aserrado por medio; pero sorprendió á los infieles de tal modo su constancia, que le pusieron en libertad. Ya con el traje talar, ya con la coraza, fué siempre

Habiéndole preguntado este príncipe si conocía á algún sabio y prudente sacerdote, para nombrarlo su auditor y teólogo, le dijo el canónigo, que José debía llegar pronto, si es que ya no estaba en Roma. Es, añadió, un noble aragonés que tiene las mejores cualidades; y le mostró la carta del obispo de Urgel en la que tantos elogios se hacían de nuestro Santo. Aquel gran cardenal concibió inmediatamente la estimación más viva por San José, y recomendó que se lo presentasen lo antes posible. No era muy fácil. Calasanz, que hacía bastantes semanas que había llegado á Roma, había hecho cuanto estaba de su parte para ocultarse, no dando á conocer á nadie ni su nombre, ni su clase, ni su persona, ni ninguna de las dotes extraordinarias con que lo había enriquecido el Señor. Nada más extraño á sus pensamientos que vivir en compañía de un príncipe de la Iglesia, en uno de los más hermosos palacios de Roma, y entrar otra vez por el camino de los honores y de las dignidades.

Pasó mucho tiempo sin que tuvieran resultado las pesquisas hechas por la habilidad del canónigo. Pensó que nuestro Santo iría á celebrar la santa misa y á satisfacer su devoción á la iglesia nacional de Montserrat. Conjetura muy natural, porque, habiendo estado ocupado tanto tiempo en la visita del Monasterio de Montserrat, en Cataluña, había de visitar sin duda aquella iglesia del mismo nombre. Mas, por lo mismo no había estado José ni pensaba estar en aquel Santuario, temeroso de que lo reconociese alguno de sus paisanos. Desconfiando encontrarle el canónigo Compte, hizo prometer al numeroso clero de aquella iglesia que buscarían á Calasanz, y le avisarían, apenas lo encontrasen. Entre tanto, el ecónomo de Montserrat, apurado diariamente por el señor Compte, tomaba noticias de todos los eclesiásticos españoles: por fin encontró algunos que habían conocido á José en sus diferentes ministerios, y á los que no po-

familia de héroes, y no sería fácil citar todos los grandes hombres que produjo, todos los espadachines, mezclados en todas las guerras, especialmente en las de los franceses, bajo Carlos VIII, Luis XII y Francisco I, y casi siempre armados contra los Papas.

Marco Antonio Colonna, duque de Palliano, gran Condestable de Nápoles, y virrey de Sicilia, se hizo ilustre en gran número de guerras, pero sobre todo, en la famosa batalla de Lepanto, en la que mandaba las galeras de Pío V, en 1571. Quiso este Papa que recibiera en el Capitolio los honores del triunfo que concedían á sus héroes los antiguos romanos.

Hermano del anterior era Marco Antonio, el protector de San José. Fué también virrey de Sicilia, arzobispo de Salerno, después, de Tarento, Bibliotecario del Vaticano, y en fin, obispo de Palestrina, y cardenal. En legaciones difícilísimas empleáronlo los Papas Gregorio XIII, Sixto V, y Gregorio XIV, y desempeñó importante papel en el Concilio de Trento.

El sabio cardenal Ascanio Colonna, hijo del duque de Palliano, era sobrino del cardenal Marco Antonio Colonna: murió joven en 1608.

Don Felipe Colonna, discípulo de San José, era sobrino del cardenal Ascanio, sobrino segundo del cardenal Marco Antonio, y nieto del duque de Palliano.

Marco Antonio III, Condestable de Nápoles, á los siete meses, fué más tarde guerrero ilustre.

día hacerse desconocido, si lo encontraban en la ciudad. En efecto, hallóle uno de ellos en una iglesia, le saludó respetuosamente por su nombre y apellido, y le dijo que el ecónomo de Montserrat le esperaba hacía mucho tiempo, para celebrar en su iglesia el Santo Sacrificio. Muy contrariado quedó José con aquel reconocimiento, ya que no podía negarse á tan cortés invitación, y prometió que acudiría al día siguiente. Avisado inmediatamente el ecónomo, lo hizo saber al canónigo, y éste al cardenal tan ansioso de conocer por sí mismo los brillantes méritos de nuestro Santo. Se le recibió con las mayores muestras de consideración, y apenas terminó la misa, acercósele el canónigo Compte, y con las formas más atentas, le obligó en cierto modo á vivir en su compañía. Consintió al fin José, pero no fué pequeña su pena, cuando advirtió que en lugar de vivir en casa de un compatriota, simple sacerdote como él, estaba en el espléndido palacio del cardenal Marco Antonio Colonna, tío del cardenal Ascanio Colonna, su condiscípulo y amigo de otro tiempo, en la Universidad de Alcalá de Henares. No quería Calasanz estar al servicio de los príncipes, temiendo fuera obstáculo para el cumplimiento de la voluntad de Dios que lo llamaba á Roma sin saber con qué fin. Pero insistió el canónigo: y aunque por aquel momento estaba ausente el cardenal Ascanio, no podía ocultarse mucho tiempo: sabía el cardenal Marco Antonio que había llegado á Roma, deseaba además conocerle, y decentemente no podía dejar de aceptar los ofrecimientos de tan gran príncipe. Vióse, pues, obligado José á presentar sus respetos al viejo cardenal, que le recibió con la mayor cortesía, y le dió habitación próxima á la del canónigo Compte.

Los detalles precedentes los hemos tomado de una carta autógrafa de José, conservada en Roma, y que lleva la fecha de 16 de mayo de 1592, y está dirigida á D. José Texidor, Rector de la Parroquia de Peralta de la Sal. Comienza de esta manera: «Por conducto del camarero Escala, de Benabarre, he escrito á vuestra Señoría el feliz término de mi viaje. Hasta la fecha, Dios sea bendito, gozo de perfecta salud, y espero, con su gracia, seguir gozando de la misma en este país..... Habito en casa del Cardenal Marco Antonio Colonna, en compañía de un Canónigo de Tarragona que se llama Baltasar Compte, muy estimado y muy amigo del Cardenal: por su mediación he sido introducido en esta casa».

Y sin embargo, el Sr. Compte fué causa de que José casi dejase el Palacio de los Colonna. Según parece, era aquel Canónigo algo liviano en sus costumbres. Testigo involuntario de sus ligerezas, se creyó obligado Calasanz á avisarle: pero viendo que, lejos de enmendarse, se iba á convertir en enemigo suyo, resolvió buscarse otra casa, no queriendo sancionar con su presencia el mal que no podía impedir. Mientras maduraba aquel proyecto, le mandó llamar el Cardenal. Aquel ilustre Príncipe de la Iglesia, en otro tiempo Arzobispo de Tarento, en el reino

de Nápoles, había asistido en calidad de tal al Concilio de Trento, donde se distinguió por su ciencia, por su prudencia y por su piedad. Fué creado cardenal por Pío IV, y nombrado por Sixto V Obispo de Palestrina. Con su natural penetración, y con las noticias que adquirió de diferentes puntos, se había formado elevado concepto de los méritos de José: conocía su gran ciencia, y veía su extraordinaria virtud. En una conversación íntima quiso llegar hasta el fondo de aquella alma privilegiada. Comenzó por preguntarle por qué había ido á Roma.—Calasanz contestó simplemente: «he venido á hacer la voluntad de Dios.»—Pues bien, replicó el Cardenal, es la voluntad de Dios que «quedéis en mi casa, ocupándoos en todas las obras de piedad que quisiéreis. Seréis mi Teólogo y Oidor; deseo solamente consultaros en los asuntos de las Congregaciones á que perteneczo, y quiero conocer en ello vuestra opinión y dictamen».(1) Y para obligarle más, tocándole en lo vivo, añadió que le había hecho preparar una habitación contigua á la Iglesia de los Santos Apóstoles, donde podría satisfacer su devoción, frente á las habitaciones que había ocupado San Carlos Borromeo. Le confió también la educación espiritual del joven Príncipe, D. Felipe Colonna, sobrino segundo suyo. Al terminar el Cardenal, le dijo: «Esa es la voluntad de Dios». No sabía oponerse José, sobre todo en presencia de tan elevado dignatario de la Iglesia: «*Si tal es la voluntad de Dios, cúmplase*», fué su única respuesta, y tomó posesión de su nuevo alojamiento, que lo separaba por completo del Canónigo Compte.

El palacio Colonna, habitado hoy por el embajador francés cerca de la Santa Sede, está contiguo á la hermosa Iglesia de los Doce Apóstoles, que forma con el palacio un solo edificio. En aquel suntuoso templo y en el más vasto monumento de Roma reposan los cuerpos de San Felipe y Santiago el Menor, á la derecha y á la izquierda los restos de los Santos Mártires Crisanto y Daría, con gran cantidad de reliquias de otros Mártires. Es celeberrimo lugar de devoción, atendido por los Meno-

(1) Todos los Cardenales son miembros de alguna ó de muchas de las varias Congregaciones Romanas encargadas de examinar ó juzgar las causas eclesiásticas de toda la cristiandad. Seriales imposible atender por sí solos á trabajos que, por su multiplicidad y diversidad, exigen mucho tiempo y conocimientos que no puede tener un hombre solo. Para juzgar con conocimiento de causa, tienen uno ó varios teólogos y canonistas, que estudian las cuestiones, y les dan cuenta. En las reuniones de las Congregaciones se presentan los Cardenales con opinión formada sobre cada una de las cuestiones estudiadas muy á fondo. Se discute el asunto, y se decide por mayoría de votos. Presenta al Pontífice relación de lo actuado el Secretario de la Congregación, que ordinariamente es un Obispo, y el Papa aprueba la decisión que desde aquel momento es definitiva, ó la rechaza, y entonces se la somete á nuevo examen, á no ser que el Papa con su autoridad soberana, se la reserve á sí mismo. Compréndese así la importancia de las funciones de tales teólogos. Vienen á ser las mismas que las de nuestros jueces de instrucción, pero sobre los asuntos más diversos y más complicados.

res Conventuales que han conservado el sayal negro ceñido con un cordón. Las habitaciones de San José situadas en el ángulo izquierdo del palacio Colonna tenían comunicación con la Iglesia por una ventana: podía muy bien á cualquier hora del día y de la noche satisfacer su devoción ante el Santísimo Sacramento. Conociendo el Cardenal su piedad, le había retenido con tan delicado tacto cerca de su persona. Todos los días le llevaban al Príncipe Felipe para recibir la instrucción religiosa, y pronto sintió el niño tanto respeto y tanta consideración y afecto hacia su maestro, que no le llamaba sino su Padre José, y jamás salía sin pedirle la bendición, y sin besarle la mano. Desde entonces comenzó ya nuestro Santo á llevar el tan dulce nombre de PADRE DE LA JUVENTUD, *Padre dei giovanetti*, que debía conservar hasta su muerte, y legar como su más hermoso patrimonio á sus sucesores.

Reglamentó exactamente todos los días y todas las horas para vivir como verdadero Santo en la Ciudad Santa. Ya hemos indicado que José tenía el don de multiplicar en cierto modo el tiempo, dando á conocer con su ejemplo su prodigiosa elasticidad. Lejos de quejarse de la brevedad del mismo, como hacen todos los que lo pierden sin hacer nada, tenía la rara habilidad de prolongarlo hasta lo infinito. En el proceso de Beatificación consideró el Promotor de la fe, como imposibilidad material la prodigiosa multiplicidad de sus ejercicios. Pero no había más remedio que darse por vencido ante las unánimes deposiciones de tantos testigos de su vida. Júzguese por la regla que se había impuesto.

A media noche interrumpía su corto sueño, y después de haber hecho la meditación, y de haber rezado diversas oraciones ante Jesús Sacramentado, rezaba Maitines y Laudes de rodillas. Continuaba después en meditación profunda, hacía la visita á las siete Basílicas, andando todas las noches no menos de doce kilómetros, en una ciudad que entonces, ni estaba adoquinada ni tenía luz; y caminaba tan absorto en Dios que con frecuencia parecía que estaba á punto de caer. No sabemos si estaban toda la noche abiertas al público las Basílicas, siendo muy común entonces tal género de devoción, como lo vemos en la vida de los Santos de aquella época: acaso se detenía en el atrio, sin que fuese capaz de interrumpir sus correrías la crudeza del tiempo. Al amanecer rezaba Prima, y celebraba la Santa Misa en la iglesia más próxima: en el verano la celebraba generalmente en San Juan de Letrán; en las otras estaciones, en Santa Práxedes, algo distante de San Juan, en que se venera la columna de la Flagelación, ó también en Santa María la Mayor, en Santa María de los Montes, santificada ciento cincuenta años más tarde por el ilustre mendigo, San Benito Labre. Generalmente terminaba con la visita á San Pedro, que está en el otro extremo de la ciudad. Postrado allí, en el fondo de la cripta, cerca del sepulcro del príncipe de los Apóstoles, cuyo acceso era libre á

todos los fieles, antes que se le rodease de la ornamentación que hoy tiene, estaba en oración muchas horas para obtener de Dios la gracia de conocer su vocación.

Ibase después á los hospitales á consolar y servir á los enfermos, prodigándoles piadosos consejos y abundantes limosnas. Lo mismo hacía con los encarcelados, porque entonces no se había inventado aún el método de castigar á los culpables, alejando de ellos toda esperanza de corrección; las puertas se abrían á los piadosos visitantes; pues la Iglesia, en su bondad maternal, no conocía esas durezas administrativas, que en nuestros días, hacen de nuestras prisiones civilizadas, guaridas en que entran culpables, y de donde salen criminales. Después de aquellas visitas dirigíase José á la iglesia en que se celebraba el culto de las Cuarenta Horas; oraba por mucho tiempo, rezaba las Horas menores del Oficio Canónico, después el Oficio Parvo de la Santísima Virgen—ya hemos visto que tenía aquella práctica en sus primeros años,—y oía con gran devoción muchas misas. A la una de la tarde hacía la única comida del día, y con frecuencia de solo pan y agua, dejando á los sirvientes los exquisitos platos que le servían por orden del cardenal. Dejábales también la cena, siguiendo la antigua costumbre que tenía de no tomar nada en la tarde y noche. Después de aquella comida frugal entraba en la iglesia de los Doce Apóstoles, visitaba el Santísimo Sacramento, veneraba los cuerpos de San Felipe y Santiago, y el altar de San Francisco, al que profesaba veneración particular, y terminaba rezando Visperas y Completas.

Acabadas aquellas prácticas de piedad, se retiraba á sus habitaciones, leía la Sagrada Escritura, cumplía con el cargo que tenía al lado del príncipe su discípulo, y, si era necesario, acudía á las habitaciones del cardenal para responder á las consultas que le hacía como á su Teólogo y Auditor. Apenas se despachaba, se dirigía á la iglesia en que se celebraba la fiesta del día,—porque en Roma hay todos los días fiesta en alguna de sus cuatrocientas iglesias, y á veces están á gran distancia—y después visitaba aún á los enfermos y á los presos. Al anochechar se recogía para estudiar, escribir ó trabajar con el cardenal; se entregaba después á la meditación y contemplación á que sucedía sangrienta disciplina, aparte de que constantemente atormentaba su cuerpo con áspero cilicio, y con un cruel ceñidor de hierro, horadado y erizado como un rallo, armado además de puntas que le penetraban en los costados, y del cual se sirvió hasta los últimos días de su vida: y no perdamos de vista semejante prodigio: con tales austeridades, trabajando mucho, durmiendo poco, comiendo con mucha pobreza y parsimonia, vivió hasta los 92 años. Llegaba por fin la hora de dormir, pues se imponía la naturaleza después de sus oraciones, sorprendiéndole el sueño de rodillas, apoyado en un pasamanos, en una silla, en una mesa, durmiendo en aquella posición: ó también vencido por la necesidad, se echaba en la tierra desnuda, y raras veces

en la cama. Ya hemos dicho que terminaba siempre el sueño á media noche. Tal fué el género de vida que se impuso nuestro Santo durante su estancia en el palacio Colonna. Verémosle continuándolo durante toda su vida, aumentando el trabajo y las austeridades.

El caballero que, como ayo, estaba al servicio del joven príncipe Felipe, asistía á las conferencias espirituales que le daba el Santo. Muy pronto quedó tan edificado y conmovido, que comunicó sus impresiones al numeroso personal de la casa. Todos unánimemente pidieron al cardenal que les diese semejante padre espiritual. Lleno de gozo el cardenal, pasó la demanda á José, asegurándole cuan feliz sería, si quería aceptar aquel ministerio. No pudo negarse José, devorado por el celo de la salvación de las almas. Fijóse una hora todos los sábados para la conferencia espiritual en la Sacristía de los Doce Apóstoles, y no tardó la familia entera del cardenal en tocar los resultados más felices.

La elección de aquel lugar iba á abrir á Calasanz nuevo campo de obras buenas. Tuvo allí conocimiento de la Sociedad fundada con el título de los Doce Apóstoles, que se reunía todas las semanas en aquella Sacristía. La formaban eclesiásticos, y legos de la clase más elevada, para consolar al prójimo. «Conságrase esta Sociedad,—dice Pío IV en su Constitución, *In apostolica dignitate*, de 6 de noviembre, enriqueciéndola con numerosas indulgencias,—á diversas obras de Caridad, entre otras, á pedir limosna á los fieles para socorrer secretamente á los pobres vergonzantes, atendiendo á todas las miserias que reclaman su auxilio». Fué más tarde erigida en Archicofradía por Sixto V. Componiase de determinado número de legos y de eclesiásticos de sangre limpia y de mucha piedad. Algunos tenían el nombramiento de Visitadores, consistiendo sus obligaciones en buscar en los diversos barrios de la ciudad los pobres vergonzantes, los enfermos y todas las miserias ocultas, para ayudarles con sus consejos en los pleitos, con limosnas en la pobreza, y con medicinas en las enfermedades. Tenía en propiedad la Cofradía bien surtida farmacia. No tardó en tomar extraordinario incremento esta Asociación, ayudando unos con sus personas, dando otros dinero; y como la mayor parte eran hombres de fortuna, pudo atender fácilmente á sus considerables gastos, haciendo mucho bien.

Acostumbrado José á aquella clase de obras de misericordia, quiso inscribirse en la Archicofradía, pero quedando oculto, y no apareciendo sino como simple miembro de la misma. Todavía hallamos escrito su nombre en los más antiguos registros, ejerciendo las funciones de Visitador. En efecto, no sólo visitaba á los pobres de su barrio, sino que ayudaba á sus cofrades en las otras parroquias de Roma. Consolaba á los afligidos con la caridad más ardiente, prodigaba las limosnas, ya del dinero de la cofradía, ya de los socorros recogidos por él mismo, ya

con sus propias rentas, que distribuía con el mismo desinterés, que si no le pertenecieran. Ya hemos visto que se había reservado dos mil escudos de pensión al renunciar sus beneficios de España, y mil escudos al distribuir entre sus hermanas su patrimonio. Además había ordenado el cardenal á su mayordomo que atendiese á todas las necesidades de su teólogo como á las suyas propias. Tenía, pues, para su uso hermosa habitación bien amueblada, mesa bien servida, sirviente para su sola persona, y hasta coche para cuando quería. E iba en coche, cuando había de visitar á algún personaje importante de parte del cardenal. Quería también conservar la misma clase de hábitos que había llevado de España, pero no quiso pasar por tacaño, cuando exigían las circunstancias que se vistiese de seda, según el uso de aquel tiempo. La conservación de sus vestidos le originaba los mayores gastos personales, porque con frecuencia se desprendía de ellos para vestir á los indigentes. Sabía unir la pobreza más estricta con las exigencias de su nacimiento y de sus funciones. En su cargo de Visitador de la Archicofradía fuéronle muy útiles las rentas que se había reservado, sobre todo, en un tiempo en que se agotaron todos los recursos de la Asociación, estando por ello á punto de disolverse. Salvóla un generoso bienhechor, Agustín Boronji que le donó toda su fortuna.

Habiase transformado entre tanto la casa del cardenal Colonna bajo la dirección espiritual del hombre de Dios; era el modelo de todas las familias de los grandes señores; por todas partes se hablaba de ella con edificación extraordinaria. Sorprendido el cardenal de Médicis de la unanimidad de aquellos elogios, quiso que el mismo cardenal Colonna le diese á conocer la causa. Este cedió todo el honor á su teólogo. «Se les he dado por director espiritual, le dijo; con increíble claridad les enseña los más sublimes misterios de la fe, las reglas más puras de conducta, y los más ocultos secretos de la perfección». Era el cardenal de Médicis, arzobispo de Florencia, santo prelado, celosísimo protector de la Cofradía de la Doctrina Cristiana, solícito siempre por encontrar hombres sabios y piadosos como José, para enriquecer á su Congregación. Suplicó, pues, al cardenal Colonna que le enviase su teólogo á pretexto de consultarle asuntos graves, pendientes de la Sagrada Congregación de que ambos eran miembros. El cardenal Marco Antonio había ya consultado á su teólogo, sobre lo que á él tocaba, y había obtenido sabia respuesta. Dirigióse, pues, nuestro Santo al palacio del cardenal de Médicis, le hizo una exposición de la causa llena de erudición, y contestó después victoriosamente á todas las dificultades que le opuso. Entusiasmado el príncipe de la Iglesia ante tanta ciencia y ante tanta virtud, le instó inmediatamente con la mayor fuerza para que se inscribiera en la Congregación de la Doctrina Cristiana. Mucho se aumentaba el trabajo que ocupaba ya por completo su vida; pero José no po-

día negarse á ninguna obra buena, y como sabía multiplicar el tiempo conforme se multiplicaban sus ocupaciones, condescendió sin dificultad á las súplicas de aquella eminencia.

En su Constitución *Ex credito nobis* del 6 de octubre de 1607, se expresaba así Paulo V: «Pertenece á esta Asociación hombres de gran mérito, abrasados de caritativo celo por el acrecentamiento de la gloria de Dios, y desde la publicación del Concilio de Trento dedicanse á enseñar el catecismo á los niños y á los adultos de toda condición. Con la bendición de Dios ha tomado esta piadosa obra aumento considerable, y se ha establecido con el nombre de la Doctrina Cristiana. Todos sus miembros, sometidos á la obediencia de un Cardenal protector y de un presidente, se dedican con diligencia los días festivos á esta obra saludable».

Tal era la asociación que colmaba de sus gracias y favores el Soberano Pontífice. Reuníanse los asociados en la iglesia de San Martín, frente al Monte de Piedad; pero destruida aquella iglesia en 1747, se trasladó á Santa María del Pianto, donde la halló la revolución.

Comenzó José á enseñar la doctrina cristiana con el celo que ponía en todas sus obras; y, sin dejar ninguna de ellas, la enseñaba no sólo los días de fiesta, como decía la Bula, sino también los días de labor; no sólo en las iglesias, sino también en las calles, en las plazas, donde quiera que podía reunir oyentes, ya fuesen niños, ya pobres, ora obreros, ora campesinos ó mendigos, á cuantos encontraba sin ocupación, añadiendo al catecismo exhortaciones é historias adaptadas á la inteligencia de sus oyentes. Oía después sus confesiones, sacando frutos maravillosos. Sus esfuerzos convirtieron á gran número de disolutos á la penitencia y á la frecuencia de los Sacramentos, inspirándoles horror al pecado. Desaparecieron no pocos odios y venganzas, y como decía un testigo en el proceso de sus virtudes, «bastaba caer en sus manos, para estar seguro de sincera conversión».

Edificados sus colegas con éxitos tan prodigiosos eligieron á José por unanimidad presidente de la asociación, cuando no hacía más que un mes que pertenecía á ella. 1593. Fué miembro durante muchos años, y era admirable que los romanos, siempre tan susceptibles, viesan con buena voluntad que un extranjero recién llegado á la Ciudad Eterna, y novicio en la Congregación, fuera superior y director por elección unánime de sus cofrades. Pero Dios que prometió hallarse donde estuvieran congregados dos ó tres en su nombre, y que inspira la elección de ministros dignos, podía decirles como á Samuel, cuando la elección de David. *El más joven de sus hermanos ha sido escogido por Dios para gobernar al pueblo de su elección. No juzgo yo como los hombres que no ven más que lo exterior, el Señor juzga los corazones.*

La carta del obispo de Urgel al canónigo Compte le hizo comprender cuánto echaba de menos aquel santo prelado á su

Vicario General. Además hizo cuanto pudo para renovar los lazos que unían á José con su diócesis. Habiendo vacado una canongía en la catedral de Urgel, dió todos los pasos para que fuese nombrado Calasanz. Apoyado por el cardenal Marco Antonio estaba á punto de ver satisfecho su deseo, cuando advirtió que había vacado la canongía en un mes reservado al obispo, y que no podía el Papa dar la colación. Para comprender bien esto, es necesario recordar que en algunos países se reservaba el Papa el derecho de dar los Beneficios que vacaban en ciertos meses del año. Ignoraba José aquellas diligencias, y sólo tuvo conocimiento de ellas quince días después que fueron negativamente despachadas, como lo dice él mismo en carta de 16 de mayo de 1592, y en otra dirigida al cura párroco de Peralta en 25 de noviembre del mismo año. Había terminado en conformidad con sus deseos un asunto que se comenzó sin intervención suya.

Por carta del mismo cura párroco de 19 de febrero de 1593, tuvo noticia de la muerte de su hermana, doña María Magdalena de Calasanz. Contestóla José en 12 de mayo siguiente, suplicándole que animase á sus sobrinas, hijas de la hermana difunta, á la práctica de la virtud, ya que él estaba ausente, y obligase á su sobrino Antonio Juan á no abandonar el estudio de las ciencias.

Entre tanto perseguía sus designios el canónigo Compte, y habiendo sabido hacia fines de marzo de 1594 que acababa de vacar en la Catedral de Barbastro, cerca de Peralta, una canongía que debía proveer el Papa, lo comunicó al cardenal Colonna que obtuvo inmediatamente la colación del Soberano Pontífice Clemente VIII. Llamó el cardenal á su teólogo para darle él mismo la noticia, anunciándole el favor que había obtenido del Papa, asegurándole que, si más tarde quería volver á su patria, podría llevar consigo una prenda de su reconocimiento, de su estimación y de su cariño, no dudando que, atendida su avanzada edad, estaría en su compañía José hasta el fin de sus días. Enternecido Calasanz hasta derramar lágrimas ante benevolencia tanta de parte de un Príncipe de la Iglesia, no atreviéndose á renunciar á los favores del Papa, respondió que aun cuando no se sentía llamado por la voluntad de Dios á volver á su patria, puesto que su voz le había llevado á Roma, hallábase, sin embargo, muy agradecido á tan señalada benevolencia, y asegurando á su bienhechor todo su reconocimiento. Prestóse, pues á todas las diligencias del Cardenal, como se ve por su carta del 25 de septiembre de 1594 al cura párroco de Peralta, y por el nombramiento expedido el 14 de enero de 1595.

Pero, como lo sospechaba Calasanz, no era la voluntad de Dios que fuese elevado á dignidades eclesiásticas. El reconocimiento le obligó á aceptar, y las circunstancias lo desligaron felizmente, sin ofender al poderoso protector. En efecto, supo

bien pronto que el Cabildo de Barbastro estaba en pleito con su Obispo á causa de aquella Canongía, y que se vería él obligado á tomar parte muy principal en el proceso contra su Prelado. Creyó poder desentenderse, haciendo ver al Cardenal que no era su intención poner obstáculos, cuando quería él colmarle de beneficios. Agradeció el Cardenal las razones, pero exigió de José que renunciase en favor de alguno á quien él eligiese, y se reservase una pensión para sí ó para cualquier otra persona designada por él. Ya hemos visto, y seguiremos viendo en todo el curso de esta historia, que José no sabía resistir: complaciase en ver en todo la voluntad de Dios. Aceptó, pues, aquella condición, feliz en verse libre á semejante precio. Renunció á favor de Pedro Navarro, reservando una pensión anual de treinta ducados á favor de su sobrino D. José Blanch; hijo de su hermana D.^a Juana, y otra para sí mismo, pero por pocos años, y á favor de una obra pía.

Entre tanto comenzaba el Señor á hacer manifestación de aquel don de milagros concedido á su siervo, y que debía ilustrar toda su vida, á pesar de su humildad profundísima. Hacía un día la visita ordinaria de las siete Basílicas, cuando vió que trabajaban en vano muchas personas para hacer entrar á un energúmeno en la Iglesia de Santa Praxedes. Lleno de compasión, se acercó José, puso la mano en la cabeza del poseso que entró inmediatamente en la Iglesia, quedando libre del demonio. Poco tiempo después sucedió un hecho semejante. Acababa de celebrar el Santo Sacrificio en el altar de la Santa Columna de la Flagelación, en la misma Iglesia, cuando se formó gran tumulto en derredor de una mujer posesá á quien no había fuerza humana que hiciese entrar en el templo: la tomó de la mano nada más que con los dedos pulgar é índice, y sin trabajo alguno la hizo entrar inmediatamente. Tercera vez le sucedió lo mismo en San Juan de Letrán, y á los que se maravillaron de la fuerza prodigiosa de sus dedos, contestó simplemente: «Es que no sabéis la virtud que poseen estos dedos por el contacto cotidiano con la Sagrada Eucaristía.»

Cuando veía en las calles alguno de esos grandes escándalos tan frecuentes en las grandes ciudades, se conmovía, y se trastornaba enteramente. Se dirigía á los culpables, y después de reprenderlos con ardor, se decía á sí mismo: «Obrarías tú mucho peor, si hubieras sido como ellos tentado, y si no te hubiera llevado Dios en sus manos llenas de gracias para sostenerle.» Así es como conservan la humildad los Santos, devolviendo á Dios todo lo bueno de que han sido dotados, y atribuyéndose á sí mismos todo lo malo que tienen ó podían haber tenido.

Estaba adornado de gracia especialísima para atraer á buen camino á los extraviados, pacificar los espíritus, calmar á los inquietos, y consolar á los afligidos: «Tanto la salud como la enfermedad son dones de Dios: es ésta el crisol de la virtud de

los hombres, es visita llena de bendiciones para recordarnos que somos mortales, para comunicarnos conocimiento de nosotros mismos y de nuestras miserias, para que renovemos la buena resolución de servirle observando más perfectamente su ley, cuando hayamos recobrado la salud.» A los afligidos les decía: «¿Nunca habéis ofendido á Dios?» y como fácilmente se reconocían pecadores, seguía diciendo: «¿Por qué, pues, no habéis de soportar estas molestias que habéis merecido, ya que quiso nuestro Señor sufrir el castigo de los pecados que no había cometido? ¡No alcanzamos á saber cuán dulce es sufrir por amor de nuestro Señor Jesucristo! No hay amargura que ese sufrimiento no dulcifique. El amor de Dios simplifica las cosas más difíciles, y suaviza las que nos causan horror. ¡Ah! ignoramos cuánto valen para la otra vida los sufrimientos que pacientemente soportamos en este mundo: son la moneda con que compramos el paraíso. Todo es poco para conseguir el cielo.»

A propósito de los pecadores acostumbraba á decir: «No puedo comprender cómo hay gentes tan olvidadas de sí mismas, y del amor de Dios á quienes tan poco mueven el horror del pecado y el temor de la divina justicia, para engolfarse tan alegremente en la ofensa de Dios: y no comprendo que, después de haber pecado, puedan vivir tranquilas y contentas sin levantarse de sus caídas, y sin obtener de nuevo con la penitencia la gracia divina.» Y mientras excitaba así á los demás al amor de Dios, inflamábase su rostro, de sus ojos salían vivos resplandores, viéndose sensiblemente el fuego que interiormente lo devoraba. Con frecuencia exclamaba: «¡Oh cuánto vale ganar un alma! ¡cuánto agradamos con ello á Dios!» Y aquel celo lo tenía en todas las circunstancias, con toda suerte de personas, coronando Dios sus esfuerzos con el don de profecía.

Cuando salía del Palacio Colonna para satisfacer su devoción en la Iglesia de los Doce Apóstoles, si estaba la puerta cerrada, entraba por el claustro contiguo, y conversaba gustoso con los Religiosos Conventuales que encontraba. Observó un día que dos Religiosos que habían sido enviados á aquel convento para estudiar Teología, se entretenían con juegos indignos de su estado. Eran los hermanos Santiago Montanari di Bagnacaballo, y Juan Bautista Berardicelli di Larino. A pesar de aquel momento de despreocupación, ha conservado la historia sus nombres por sus gloriosos destinos. Al punto les hizo ver José con toda modestia el gravísimo perjuicio que se causaban á sí mismos, consagrados como estaban á Dios, y dotados de tan bellas cualidades y de tanta inteligencia, y cuánto agravio hacían á su Instituto, al bien de la Iglesia y á la gloria de Dios que los había escogido para hacerlos dignos, con el estudio y la oración, de los primeros cargos de su Orden. Aquellas reprensiones dadas en el tono de dulzura y dignidad que acompañaba á José en todas las ocasiones, conmovieron á aquellos dos jóvenes por otra parte bien dispuestos, como testificaron ellos mismos más